

012. Santas Vírgenes y Mártires

¿De qué Santo o Santa vamos a hablar hoy? De nadie en particular, aunque van a desfilar ante nuestros ojos algunas modelos que son bellezas extraordinarias...

Cuando leemos la Historia de la Iglesia en las persecuciones del Imperio Romano, nos encontramos siempre con muchas jóvenes que son *santas* y *mártires*, dos títulos gloriosos unidos muchas veces en la misma persona. ¿Qué solía ocurrir? Jóvenes cristianas magníficas sentían la llamada de Jesús —tan misteriosamente insinuada en el Evangelio y tan ardorosamente propuesta por Pablo—, a consagrarle la virginidad al Señor. Eran muchachas excelentes, hermosas, soñadas por tantos pretendientes... Al venir la propuesta de matrimonio, como es normal, ellas contestaban al galán que ya estaban comprometidas... Se denunciaban a sí mismas al descubrir así su condición de *cristianas*, y el paradero durante las persecuciones no era otro que la muerte. Ya teníamos en una sola pieza gloriosa a la *virgen* y a la *mártir*...

Hay casos en que conservamos las actas oficiales del proceso ante los tribunales, actas que son de lo más rico y precioso que leemos en la Iglesia.

¿Y cuando no se tenían las actas oficiales, qué ocurría? El pueblo, con instinto certero, recogía los datos ciertos e inventaba después toda una leyenda edificante. Expresaba así lo que la Iglesia sentía acerca de sus hijas más queridas, las más bellas y que más la enorgullecían.

Dentro ya de estas historias legendarias, siempre resaltaban estos tres elementos: un gran amor a Jesucristo, escogido como Esposo único; un gran amor a la pureza, y una gran valentía ante los tribunales.

Si no, veámoslo en algunas Santas Vírgenes y Mártires más veneradas desde hace tantos siglos.

Cecilia. Es una muchacha de Roma. Rica, noble, queda huérfana de padre y madre. Una chica encantadora. No asiste jamás a fiestas paganas, y, cristiana de verdad, los pobres son los destinatarios de tantas limosnas que le fluyen del corazón... El domingo, ya se sabía, esos pobres la esperaban detrás de las actuales catacumbas de Calixto. El Obispo de Roma amaba con un cariño sin igual a esta criatura. Entregada a la lectura divina y a la oración continuamente, nos dice su historia que llevaba siempre sobre el pecho los Evangelios y los estrechaba contra su corazón.

Por cuestiones de la herencia, se ve obligada a aceptar como esposo a Valeriano, joven pagano pero muy bueno. El día de la boda le revela su secreto: *Sí, esposa tuya. Pero ten presente que yo tengo un ángel que me guarda, pues antes que contigo estoy comprometida con Jesucristo.* Supersticioso, como todo pagano, Valerio se inquieta, y pregunta: *-¿Y qué tengo que hacer? Yo quiero ver a ese tu ángel. -No lo conseguirás si antes no te lavas los ojos con el agua del Bautismo que los cristianos recibimos.* Valerio acepta ir al Obispo de Roma, el que tanto quiere a Cecilia, se instruye en la fe, recibe las aguas bautismales, es descubierto pronto como cristiano, y en unión de otros compañeros derrama por Cristo su sangre generosa.

Cecilia, esposa y virgen, es delatada también como cristiana. El Prefecto de la Urbe le interroga severo en el tribunal: *-¿Cuál es tu nombre? -Libre, noble, ilustre. -Te pregunto si eres cristiana. -Sí. Y puesto que quieres condenarme, estoy dispuesta a morir por mi fe.* El Prefecto manda encerrarla en su casa dentro del cuarto por donde pasan los tubos ardientes

del agua hirviendo para la calefacción, como la tienen todas las casas nobles. A los dos días aún no ha muerto de la asfixia, y el verdugo le corta de tres golpes la cabeza.

Vemos en Cecilia lo de todas las vírgenes y mártires: Amor a Jesucristo, pura como un ángel, valiente ante el tribunal..

Águeda, igual. Noble siciliana, el procónsul se enamora de ella perdidamente. Águeda rechaza toda proposición seductora, y permanece fiel a Jesucristo al que ha entregado del todo el corazón, aunque se dice de ella que *es una belleza que no tiene igual entre todas las muchachas de Sicilia*. El procónsul, furioso ante tanto rechazo de la virgen cristiana, la hace comparecer ante el tribunal, y la interroga también: *-Pero tú, ¿de qué casta eres? -Soy de familia noble y rica. Pero mi gran gloria es ser sierva y esclava de Jesucristo. Condenada a muerte, es entregada antes a los tormentos. La meten en el calabozo con el cuerpo destrozado. Por la noche, una visión, y un hombre venerable que le habla: -Yo soy Pedro, el Apóstol. Jesucristo me manda a curarte en su nombre. -¡Gracias! Pero que el Señor no deje de concederme la gracia del martirio. Sacada del calabozo, nuevos suplicios que la dejan medio muerta, hasta que su alma se le sale por tantas heridas, mientras los labios van repitiendo: ¡Gracias te doy, mi Señor y mi Dios!...*

Lucía es paisana de Águeda. Va a visitar el sepulcro de la mártir para pedirle la curación de su madre, y se le aparece Águeda resplandeciente de gloria: *-¡Lucía! Dios ha hecho célebre la ciudad de Catania con mi martirio. Ahora con el tuyo va a hacer igual de ilustre tu ciudad de Siracusa... Jesucristo te ama mucho porque le has preparado una agradable morada en tu corazón virginal. Y viene lo de siempre. Descubierta Lucía como cristiana, es llevada al tribunal y oye al juez: ¿Dices que eres templo de ese Espíritu Santo porque te conservas casta? Yo te haré llevar a un sitio donde perderás esa castidad y te abandonará tu Espíritu Santo... Dios no permitió aquella profanación. Condenada a ser quemada viva, la respetaron las llamas. Al fin, caía al filo de la espada...*

Catalina de Alejandría, **Dorothea** en Cesarea, **Inés**, la romana más célebre... Todas igual. Todas el mismo mensaje a la Iglesia: *Amor*, un amor grande a Jesucristo. *Pureza*, una pureza sin mancha, el mayor honor de una mujer cristiana: núbil, casada o viuda, y de la virgen de modo especial. Finalmente, *valentía* y arrojo cuando es necesario confesar la fe. Si una tierna joven puede, ¿por qué no vamos a poder todos los cristianos? Este es el meollo de esas historias legendarias, bellas, edificantes...